**Arte y Psicoanálisis. Soluciones frente al malestar**

Carolina Riccio

Este año se cumplen 40 años de nuestra cátedra de Psicopatología en la *Universidad de Buenos Aires* y nos pareció pertinente reflexionar sobre el lazo entre Psicopatología y Arte.

Resultan inolvidables las palabras que Jung le dijo a James Joyce acerca de su hija Lucía, con diagnóstico de esquizofrenia, respecto a la escritura: “*allí donde usted nada, su hija se ahoga”.* Es interesante observar como el escritor pudo mantenerse estabilizado por medio del arte al cual transformó en una misión. A Joyce la palabra se le imponía en la escritura, cual fenómeno elemental (síntoma), pero, a partir de ella, pudo lograr una reparación sinthomática haciéndose *un nombre*, dándole un estatuto de artificio que lo muestra como un “*psicótico trabajador*”, en términos de Colette Soler. A partir de ese *ego*, del retrato *del* artista que pudo forjarse, Joyce trabajó esa carencia y verwerfung de hecho.

En lo que respecta a la neurosis, lo que podemos augurar, a partir del encuentro con lo contingente, es que surja una pregunta que no se responda anticipadamente desde el fantasma, hallando una solución que permita reparar el lapsus del nudo y que invite a barajar nuevamente las cartas para lograr un *savoir faire* con el síntoma, poniendo a la pulsión a disposición del trabajo cultural permutando “la meta sexual originaria por otra, ya no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella” (Freud, 1908). En algún punto, la función de perturbar la defensa, que le compete al analista, podría asemejarse a la función del arte, ya que crear posibilita una visión nueva, por fuera de las identificaciones que se han cristalizado en cada ser hablante.

Decía Piet Mondrian que la posición del artista es humilde, porque es esencialmente un canal. Podríamos decir que es similar a la del analista, que está en posición de objeto que causa.

*El arte no reproduce lo visible, hace visible,* era uno de los lemas de Paul Klee, casi como hacer consciente lo inconsciente para que surja ese saber no sabido. Paul Cézanne decía que, cuando se entrometía en el lienzo, pensaba y ahí arruinaba la obra. “*Pienso donde no soy, luego soy donde no pienso*”, dirá Lacan.

En la clase del 4 de Mayo de 1960 del Seminario VII, Lacan presenta a la pulsión de muerte como pulsión de destrucción, pero también como *voluntad de creación a partir de nada, voluntad de recomienzo****.*** Esta noción de la pulsión de muerte es una *sublimación creacionista*. Al igual que el dispositivo analítico, el arte permite extraer de la contingencia una oportunidad.

A contramano de lo que hoy se promulga como la primacía de la clínica del goce, apostamos por una transmisión que nos permita orientarnos clínicamente, y también académicamente, a partir del deseo. Frente a la idea de que vivimos en una época de caída de los ideales y ante la pregunta *¿Otra psicopatología?,* creemos que 40 años no es nada. Los tiempos lógicos del psicoanálisis se rigen por la ética que los acompaña.